

Las revistas históricas y América Latina: una perspectiva europea/inglesa

The Historical Journals and Latin America:
A European/English Perspective

*As revistas históricas e a América Latina:
uma perspectiva europeia/inglesa*

ALAN KNIGHT*

Past & Present

Oxford University, Oxford, Inglaterra

* alan.knight@lac.ox.ac.uk

[68]

R E S U M E N

Este artículo se propone estudiar cómo se ha trabajado la historiografía de América Latina en las revistas históricas británicas, principalmente en *Past & Present*, y en las revistas latinoamericanistas *Bulletin of Latin American Research* y *Journal of Latin American Studies*, publicaciones que muestran bien las principales tendencias historiográficas sobre América Latina. Luego de este análisis, parece que el reciente giro cultural, muy marcado en los EE.UU. y que se ve en la *Hispanic American Historical Review*, es menos obvio en Gran Bretaña. Las explicaciones posibles tienen que ver tanto con la historiografía, como con las distintivas culturas nacionales, vistas en el afán que existe en EE.UU. por la “política de la identidad”. Por último, se considera el papel de estas revistas en la producción historiográfica, ejemplificado en el debate mexicano entre Enrique Krauze y Roberto Breña.

Palabras clave: historiografía, América Latina, *Past & Present*, *Journal of Latin American Studies*, *Bulletin of Latin American Research*, *Hispanic American Historical Review*.

ABSTRACT

This article analyzes how the historiography of Latin America has been treated in the British historical journals, mainly in Past & Present, and in the Latin Americanist journals, Bulletin of Latin American Research and Journal of Latin American Studies, publications which present well the main historiographical trends in Latin America. This analysis indicates that the recent cultural turn, very notable in the United States and which can be seen in the Hispanic American Historical Review, is less obvious in Great Britain. Possible explanations have to do both with the historiography and with the distinctive national cultures, given the emphasis in the United States of “policies of identity”. Finally, the role of these journals in historiographical production is considered, using the Mexican debate between Enrique Krauze and Roberto Breña as an.

[69]

Keywords: *historiography, Latin America, Past & Present, Journal of Latin American Studies, Bulletin of Latin American Research, Hispanic American Historical Review.*

RESUMO

Este artigo propõe estudar como vem sendo trabalhada a historiografia da América Latina nas revistas históricas britânicas, principalmente em Past & Present e nas revistas latino-americanistas Bulletin of Latin American Research e Journal of Latin American Studies, publicações que mostram bem as principais tendências historiográficas sobre a América Latina. Após essa análise, parece que o recente giro cultural, muito marcado nos EUA e que se vê na Hispanic American Historical Review, é menos óbvio na Grã-Bretanha. As possíveis explicações se referem tanto à historiografia quanto às distintivas culturas nacionais, vistas na ânsia que existe nos EUA pela “política da identidade”. Por último, considera-se o papel dessas revistas na produção historiográfica, exemplificado no debate mexicano entre Enrique Krauze e Roberto Breña.

Palavras-chave: *historiografia, América Latina, Past & Present, Journal of Latin American Studies, Bulletin of Latin American Research, Hispanic American Historical Review.*

[70]

En las siguientes páginas intentaré reflexionar sobre el papel de las revistas históricas en la historiografía de América Latina en las últimas décadas; particularmente, la “perspectiva del Norte” (entendida como el Noreste), es decir, de Europa y de Inglaterra, y ver su relación con la revista con la que he estado estrechamente involucrado durante los últimos veinte años, *Past & Present*. Por allí comenzaré para después ampliar un poco la discusión sobre las revistas y su papel en la producción historiográfica.

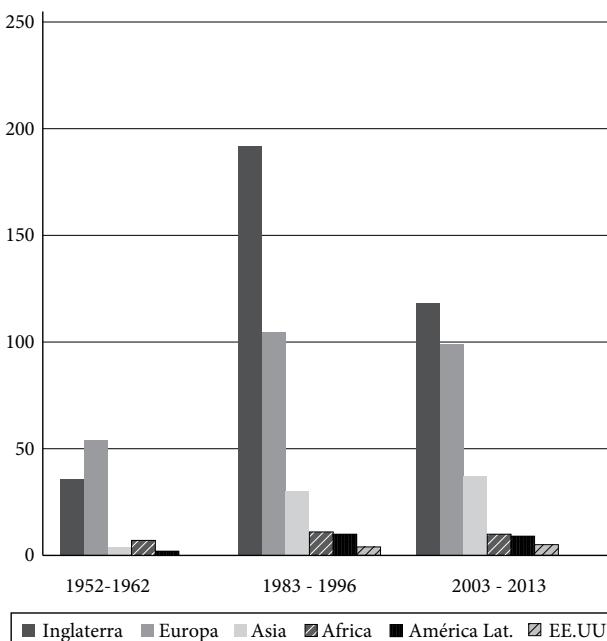
En primer lugar, un par de observaciones sobre resúmenes historiográficos de esta índole. Corren el riesgo de ser extraordinariamente aburridos (tanto para el público que debe escucharlos, como para el ponente que los escribe y los presenta), ya que fácilmente se vuelven largas bibliografías, a veces acompañadas de breves sinopsis de libros (o, en este caso, de artículos).¹ Por supuesto, las bibliografías pueden ser muy útiles, especialmente si están anotadas inteligentemente; pero, como las guías telefónicas, son obras para consultar cuando se necesita hacerlo, no para leer de principio a fin, y menos para escuchar. Por supuesto, es posible salpicar las bibliografías con comentarios mordaces y polémicos (lo que generalmente quiere decir críticos); pero el avance historiográfico —y creo que sí se puede hablar de “avance” en términos historiográficos— generalmente depende del debate moderado y razonado, no del pugilismo polémico, en parte porque las diferencias entre los historiadores son, muchas veces, algo matizadas, mientras que la polémica involucra caricaturas que producen más calor que luz. Por lo tanto, en este trabajo he resistido la tentación de meterme demasiado en polémicas.

Estoy aquí llevando mi sombrero de *Past & Present* y debo decir algo sobre esta revista, es “ampliamente reconocida como la más vibrante y estimulante revista de historia en el mundo histórico angloparlante”, un elogio impresionante, aunque debo aclarar que viene de su propia página web.² El punto más obvio es que *Past & Present* —siendo, como *Annales*, una revista algo extraña en el sentido de que no reconoce ninguna restricción ni temporal ni geográfica—³ no ha dedicado muchas páginas a la historia de

-
1. Recientemente contribuí a Oxford Bibliographies Online —OBO—, un proyecto de cierto valor, que ha producido largas y útiles bibliografías; pero, debido a su formato rígido y prescriptivo, ellas son sumamente aburridas tanto para compilar como para leer.
 2. <http://www.pastandpresent.org.uk>, consultado el 1.º sep. de 2013.
 3. Como declara la página web de *Past & Present*, “su alcance es global y cubre todos los períodos de la historia” (“its remit is worldwide and across all time periods”).

América Latina; aunque, me alegro decir, ha habido un avance modesto en los últimos años. La reputación de la revista se forjó en el crisol de la historia temprana-moderna europea, más que nada inglesa: durante la primera década de la revista (1952-1962), la historia europea representó casi la mitad del contenido de la revista, mientras que la de Inglaterra constituyó más que la tercera parte, dejando solamente 7% para la historia de África, 4% para la de Asia y 2% para la de América Latina, representada por dos artículos: uno de Friedrich Katz sobre los Aztecas y otro de Harry Ferns sobre el informal Imperio británico en la Argentina decimonónica, una pareja algo extraña, al ser el primero un marxista austriaco y el otro un neoliberal canadiense. Veamos la figura 1.

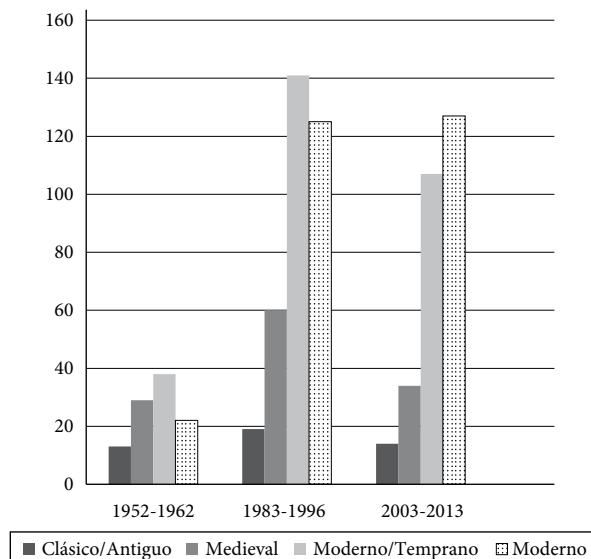
[71]

**FIGURA 1.**

Artículos de *Past & Present* por región. Elaboración propia. “Inglaterra” incluye Gales, Escocia e Irlanda (pido disculpas a los celtas). Definir los artículos por región presenta ciertos problemas (por ejemplo, cuando un artículo trata dos regiones), pero generalmente no es tan difícil. Por “Inglaterra” o “Gran Bretaña” me refiero a los países que, hoy en día, forman parte del Reino Unido (pero sería anacrónico hablar del “Reino Unido” antes del siglo XVIII); y, cuando hago el censo de artículos por región, incluyo Irlanda con Inglaterra / Gran Bretaña y no Europa. No he tratado de calibrar los artículos conforme la nacionalidad de sus autores, que sería complicado y, quizás, de menos interés.

De la misma manera, la historia temprana-moderna (37%) y la medieval (29%) tenían más peso que la moderna (22%) y la clásica o antigua (13%) (figura 2).

[72]

**FIGURA 2.**

Artículos de Past & Present por periodo. Elaboración propia.

Por supuesto, una vez establecida esta reputación, resultó una forma de retroalimentación positiva (algunos dirían un círculo vicioso), según el cual los historiadores temprano-modernos de Inglaterra y de Europa aspiraron a publicar en *Past & Present*, mientras que los historiadores de América Latina y de otras partes del mundo, incluso de los Estados Unidos (que careció de representación en la primera década de la revista) se concentraron en otras revistas.

Como el giro del proverbial buque petrolero, cuesta mucho tiempo cambiar el sentido de dirección de una revista académica. De hecho, durante su periodo medio (1983-1996),⁴ *Past & Present* se volvió aún más anglocéntrica (los artículos sobre la historia de Bretaña e Irlanda subieron de un 35% a

4. Este periodo es algo arbitrario y deriva del hecho, confieso, que tengo un índice impreso de *Past & Present* que trata estos años (1983-1996). Por los periodos (1952-1962) y (2000-2013), he utilizado el índice electrónico.

un enorme 55%), principalmente a expensas de Europa (que bajó del 53% al 30%), mientras que Asia aumentó (del 4% al 9%), África cayó (del 7% al 3%) y América Latina subió muy ligeramente (del 2% al 3%). Con respecto a esta última, en total fueron diez: la mitad se enfocó en la historia colonial (la insurrección de 1765 en Quito, las reformas borbónicas en Cuba, la conversión religiosa y la coacción en el Perú, la economía política de América Central y el diabolismo en México); en otra ocasión, apareció un artículo sobre los Aztecas; otro tres cubrieron el siglo XIX (la Independencia en México, las elecciones en Buenos Aires, y la gran opera en la misma ciudad), y uno solo —pero sin duda brillante— hizo una comparación entre la historiografía de la Revolución mexicana y la de las revoluciones inglesas y francesas (hay que incluirlo en la lista de artículos sobre América Latina, ya que las partes sobre Inglaterra y Francia eran patéticamente chapuceras). Por fin aparecieron artículos sobre los Estados Unidos (cuatro, contra los diez sobre América Latina). Pero, lamentablemente, hasta ahora no ha aparecido nada sobre Colombia en general.

[73]

No tengo ninguna explicación para esta creciente tendencia *little-Englander* (es decir, el mayor énfasis en la historia inglesa/británica) durante el periodo medio de *Past & Present*, especialmente dado que en estos años la historia moderna (es decir, posterior a 1789) aumentó del 22% al 36%, lo que no perjudicó la hegemonía de la historia temprana-moderna (que también subió del 37% al 41%). Vale recordar que la mitad de los artículos sobre América Latina trataron la Colonia.⁵ Sin embargo, este aumento sí afectó la historia clásica/antigua (que bajó del 13% al 6%) y la medieval (del 28% al 17%). Por esto, podemos vislumbrar que la revista trató más sobre la historia moderna conforme se volvió más anglocéntrica.

La última década (2003-2013) ha fortalecido esta tendencia de la historia moderna, al alcanzar el 45% del total de artículos (el doble de lo que había sido

5. En el contexto latinoamericano, “colonial” corresponde bastante precisamente al “moderno temprano” (convencionalmente comparten la misma fecha de arranque: 12 de octubre de 1492). Sin embargo, las fechas de terminar son un poco diferentes (1789 para moderno temprano, 1808 o 1810 o una fecha en los 1820 para “colonial”; aunque vale recordar que hay otra periodización, más lógica desde el punto de vista socioeconómico, que ve el siglo 1750-1850 como el llamado “periodo medio” [“middle period”], que es distinto). Valga decir, que exportar la periodización “clásico/antiguo” y “medieval”, que son periodizaciones esencialmente europeas a las Américas (o a África y Asia) produce muchos problemas.

[74]

a principios), mientras que la historia temprana-moderna cayó (del 41% al 38%), al igual que la medieval (del 17% al 12%) y la clásica/antigua (del 6% al 5%). Por supuesto, una causa obvia del crecimiento de la historia moderna es el hecho que el periodo moderno se ha ampliado con cada año que pasa, por lo que hacia 2013 ya era sesenta y un años más largo que cuando *Past & Present* empezó, en 1952. En términos estrictamente cuantitativos, se hubiera esperado un aumento del 27% en la cobertura de la historia moderna, aunque de hecho el aumento fue de más del 100%, por lo que puede decirse que las modas historiográficas cambiantes también tuvieron peso importante. En cuanto a la cobertura geográfica, me alegra observar —aunque el actual Secretario de Educación británico, Michael Gove, no lo aplaudiría— que el anglocentrismo ha disminuido (del 55% al 42%, aunque todavía queda por arriba del 35% de la primera década de la revista), lo que ha permitido un leve aumento para Europa (del 30% al 36%) y el “resto del mundo” (del 7% al 9%).⁶

La participación latinoamericana se ha mantenido estática en términos relativos, pero hoy en día *Past & Present* publica más artículos por número, hasta siete en cada entrega, y es más gruesa, pues ha alcanzado hasta 240 páginas en años recientes, casi cuatro veces mayor que las 64 páginas que los primeros números de los años cincuenta, lo parece indicar que los historiadores se han incrementado y se han vuelto más prolíficos. Es cierto que los títulos y las citas han crecido enormemente, como mencionaré después. Por tanto, aunque la participación latinoamericana sigue siendo constante, hoy en día se publican más artículos que antes. De hecho, se estableció un récord notable entre 2010 y 2011, cuando en seis ejemplares consecutivos de la revista, los números 206 al 211, se publicaron artículos enfocados entera o principalmente en América Latina. En cuanto a esta cobertura, los artículos mencionados se dividieron entre el periodo moderno temprano (dos sobre el México colonial, uno sobre el comercio transatlántico de azogue, uno sobre el Caribe y otro que trató el mundo hispánico en general) y el moderno (artículos sobre la migración hacia Uruguay en el siglo XIX, la medicina en Costa Rica y la música en Argentina, ambos del siglo XX, y dos sobre México: el mito de la Revolución y los toros de Maximiliano Ávila Camacho).

-
6. He omitido los suplementos de *Past & Present* de mis cálculos: son una innovación relativamente reciente y, siendo organizados alrededor de temas particulares (que a veces tienen enfoques geográficos o cronológicos), son menos indicadores de tendencias generales en cuanto a estos enfoques. Mi impresión es que, incluidos en mis cálculos, los *supplements* aumentarían en algo la presencia extra-europea. Otra buena justificación para esta innovación.

De nuevo, vemos la hegemonía de la historia inglesa y europea, que suministró el 78% de los artículos publicados, aunque conforman solamente el 20% del producto bruto global, 10% de la población mundial, y 7% de la superficie del mundo.⁷ Por supuesto, esto es algo que muchos historiadores ingleses o europeos (igual que nuestro ministro Michael Gove) tomarían por sentado como racional y correcto, y sin duda protestarían si, por ejemplo, un solo ejemplar de la revista no incluyera al menos un artículo sobre Inglaterra. Sin embargo, nosotros, los historiadores del “resto del mundo” (África, Asia, Oceanía y las Américas) debemos dar gracias de que las cosas no vayan incluso peor (en inglés, *be thankful for small mercies*), pues al menos no estamos en retirada. Además, como latinoamericanistas, vale anotar que al menos hemos superado a los Estados Unidos.⁸

[75]

Debemos recordar que el Reino Unido tiene dos vibrantes y exitosas revistas latinoamericanistas (que tratan principalmente la historia y las ciencias sociales), de manera que los historiadores pueden aprovechar otras dos opciones en casa: el *Journal of Latin American Studies* y el *Bulletin of Latin American Research*. Según un cálculo aproximado, estas revistas publican alrededor de diez artículos sobre la historia de América Latina cada año (lo que representa, diez veces más de lo publicado por *Past & Present*). También son revistas acogedoras —particularmente el *Bulletin of Latin American Research*— para historiadores jóvenes que buscan publicar trabajo monográfico novedoso.⁹

Por supuesto dado su carácter, *Past & Present* trata de publicar artículos que, sin importar su enfoque temporal o geográfico, son de cierto interés o atractivo general, es decir, no demasiado estrechos ni excesivamente metidos

7. Las cifras de PIB tienen que ver con la Unión Europea en 2012. Acepto que estas cifras —especialmente las cifras del superficie— son simples índices positivísticos de importancia relativa, que no muestran ninguna correlación necesaria con la importancia histórica (desde 1959, por ejemplo, Cuba ha jugado un papel en la historia mundial muy por encima de su tamaño, su población o su PIB). Pero estimar la “importancia histórica” es un procedimiento muy subjetivo y depende mucho de la(s) cuestión(es) planteada(s): para el historiador del fútbol, por ejemplo, Cuba apenas merece una mención.
8. Por supuesto, esta comparación es cuestionable, al ser Estados Unidos un solo país y América Latina veinte.
9. El *Bulletin of Latin American Research* también merece elogios por otorgar un premio al mejor artículo publicado por un estudiante graduado en el Reino Unido. Merece menos elogios por optar por el sistema Harvard de citas: una barbaridad para los historiadores.

en las pequeñeces del debate académico, y por lo tanto capaces de ser leídos y apreciados por ese ser mítico, el “lector inteligente general” (*intelligent lay reader*). Aquí tropezamos con otro concepto también algo mítico: el artículo arquetípico de *Past & Present*. En este contexto, vale mencionar que leemos todos los artículos recibidos, los evaluamos y la decisión de publicar o no se toma en casa, es decir, por los miembros de la junta editorial (unas treinta y cinco personas); no utilizamos gente exterior a la junta; que yo sepa, una práctica algo insólita entre las revistas históricas.¹⁰

Como opinaron tres de los padres fundadores de *Past & Present*, “idealmente, todo lector interesado en la historia debe ser capaz de leer cada artículo en cada ejemplar, no obstante su tema o su periodo, con interés y beneficio”.¹¹ De hecho, muchos de los artículos que recibimos (la proporción entre artículos recibidos y publicados es alta, casi de cinco a uno) son, en realidad, más apropiados para revistas especializadas, dedicadas a lectores comprometidos con periodos o regiones o géneros particulares de la historia. Sin embargo, el ideal de *Past & Present* sigue siendo un enfoque historiográfico amplio, accesible al “lector inteligente general”. Una consecuencia positiva, en mi opinión, es que mientras *Past & Present* refleja en cierto grado las cambiantes tendencias historiográficas, no está comprometida explícita ni implícitamente con ningún género ni subdisciplina; de la misma manera, generalmente evita la jerga arcana e incestuosa que afecta a ciertas revistas más especializadas, tema al que volveré.

Es cierto que la reputación original de *Past & Present* involucró cierta asociación con la historia socioeconómica (dos de los artículos más citados son de Edward Palmer Thompson: “Time, Work Discipline and Industrial Capitalism” y “The Moral Economy of the English Crowd in the Eighteenth Century”).¹² También es verdad que durante muchos años *Past & Present*

-
10. Sin querer revelar un secreto profesional, vale explicar que todos los artículos recibidos por *Past & Present* son evaluados solamente por miembros de la junta editorial; son enviados a dictaminadores externos solamente cuando estos están siendo considerados para ser parte de la junta. En estos casos —bastante raros— el proceso sirve para evaluar a los evaluadores menos que los artículos.
 11. Christopher Hill, Rodney Hilton y Eric Hobsbawm, “*Past & Present: Origin and Early Years*”, *Past & Present* 100.1 (ago., 1983): 4.
 12. Edward Palmer Thompson, “Time, Work-Discipline and Industrial Capitalism”, *Past & Present* 38 (dic., 1967): 56-97; “The Moral Economy of the English Crowd in the Eighteenth Century”, *Past & Present* 50 (1971): 76-136. A través de los años, estos dos artículos han estado entre los más leídos, consultados y

fue identificada formalmente como una revista “de la historia científica”, lo que fue erróneamente interpretado como sinónimo —o quizás eufemismo— de marxista (o *marxisant*). Si bien no es ningún secreto que varios de los fundadores de la revista no solo eran marxistas, sino también miembros del grupo de historiadores del Partido Comunista (Christopher Hill, Eric Hobsbawm, Edward Palmer Thompson y Rodney Hilton, entre otros),¹³ la revista también reclutó desde sus inicios a historiadores no marxistas. Como Hill y otros explicaron, la etiqueta “científica” simplemente quería decir que los fenómenos históricos “tienen una existencia objetiva” (en esos días, yo tenía una opinión bastante consensual, quizás hoy en día es un poco más controvertida) y pueden ser estudiados “por los métodos de la razón y de la ciencia”.¹⁴ Sin embargo, la etiqueta “científica” fue abandonada en 1958 y, conforme el marxismo fue (parcialmente) eclipsado, tanto en el “mundo real” como en el mundo historiográfico, *Past & Present* se volvió una “revista de estudios históricos”, un lema menos controvertido, aunque sea algo anodino.¹⁵

[77]

fotocopiados. Todavía se encuentran en la lista de los cuarenta artículos más populares (año 2012 en las posiciones 6 y 10 respectivamente). Esta lista, que refleja el acceso electrónico, favorece, por supuesto, los artículos más recientes; los cuatro más populares fueron publicados en 2007, 2008, y 2010 (dos). Además de la influencia de la consulta por la muerte de Eric Hobsbawm. Así, es notable que esta lista reciente incluye los dos artículos de Thompson (de 1969 y 1971), más de diez de Hobsbawm (es decir, 25% del total). En efecto, una mezcla de pasado y presente.

13. Otros marxistas en la junta en estos años fueron el prehistoriador australiano Gordon Childe, el notable polímatra Victor Kiernan, John Morris (el principal fundador de la revista) y el economista Maurice Dobb, que aunque leal pero mudo todo el tiempo, no parece haber sido muy activo. Ver Hill, Hilton y Hobsbawm 3-10.
14. Hill, Hilton y Hobsbawm 6. Por supuesto, de ahí surge la pregunta de qué es la ciencia y qué sería una historia “científica”. Otra observación de la misma fuente nos ayuda un poco: *Past & Present* se oponía al irracionalismo y al rechazo de la capacidad de generalizar blancos, quizás, más obvio hoy en día que hace cincuenta años. El énfasis en “la razón” nos hace recordar que Edward Palmer Thompson fundó otra revista, *The Reasoner*, como reacción (marxista) a la crisis del marxismo internacional en 1956; habiendo sido expulsado del Partido Comunista, Thompson inició *The New Reasoner* (1957), que tres años después fue absorbida por el *New Left Review*, todavía una de las revistas izquierdistas más influyentes en el Reino Unido.
15. Quitar la etiqueta de “científico”, recuerda Hobsbawm, fue “un precio barato” para ampliar la junta editorial; esto coincidió con el ingreso de

[78]

Incidentalmente, mientras que su marxismo se debilitaba, *Past & Present* fue abrazado por el *establishment* británico: la junta editorial ahora incluye cuatro *sirs* más una *dame*, es decir académicos que han sido condecorados como caballeros o damas por sus “servicios” a la historia. (Debo aclarar que, no obstante mi apellido, Knight, no soy uno de ellos y jamás lo seré; yo soy “caballero” de nacimiento y extracción familiar, no por distinción oficial.) A lo largo de los años, *Past & Present* ha dedicado bastante páginas al antiguo debate historiográfico sobre el ascenso de los gentilhombres (una mala traducción del la expresión inglesa *the rise of the gentry*);¹⁶ ahora, parece que se ha convertido en una viva encarnación del fenómeno histórico que antes estudiaba.

Calibrar en términos de periodo y región las cambiantes modas y tendencias historiográficas que se ven en las páginas de *Past & Present* no es demasiado difícil, por tanto, creo que mis cifras son más o menos fiables. También se puede evaluar el tamaño de la revista (que ha crecido), la extensión de los artículos individuales (también han aumentado) y, especialmente, las citas (que parecen haberse incrementado exponencialmente). Quizás vale poner al día el célebre libro de Anthony Grafton, *The Footnote*, para explicar el fenómeno del hipertrofismo de la cita,¹⁷ según el cual los historiadores se sienten obligados —en palabras de John French y Daniel James— a desplegar un “bombardeo artillero de citas”,¹⁸ para (presumo) ostentar su erudición, participando de una suerte de infantil rivalidad machista (en el sentido que “mi cita es mayor, más larga y más impresionante que la tuya”).

Una tendencia quizás relacionada —a que la vieja guardia de *Past & Present* se ha opuesto resueltamente— es la preferencia por títulos largos, complejos y algo pretenciosos, que generalmente incorporan una frase literaria y a veces lúdica, y que muchas veces nos dice muy poco del contenido del artículo.¹⁹ Hablando de títulos, entonces, quisiera abogar por títulos más concretos e

Lawrence Stone y John Elliott. Ver Eric Hobsbawm, *Interesting Times. A Twentieth-Century Life* (Londres: Abacus, 2003) 231.

- 16. Una contribución reciente es: Peter R. Coss, “The Formation of the English Gentry”, *Past & Present* 147 (1995): 38-64.
- 17. Anthony Grafton, *The Footnote: A Curious History* (Cambridge, UK: Harvard University Press, 1999).
- 18. John French y Daniel James, “The Travails of Doing Labor History: The Restless Wanderings of John Womack Jr”, *Labor: Studies in Working-Class History of the Americas* 4.2 (2007): 101.
- 19. No sería difícil ofrecer ejemplos de ello.

informativos: en varios casos descubrí que mirar el índice no revela qué lugar —país, región, o ciudad— trata un artículo particular, con título vago e impreciso. En casi cada caso, resultó que el país (anónimo) era Inglaterra; pues al ser Inglaterra el *default setting* (ajuste predeterminado), los historiadores de Inglaterra no se sienten obligados a especificar el contexto geográfico de su investigación. Estas tendencias —citas hipertrófiadas y títulos pretenciosos— parecen ser una suerte de afición anglosajona; al menos, ambas son menos evidentes en las revistas latinoamericanas que conozco (tales como *Historia Mexicana* o el *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*).

[79]

Luego de mencionar las revistas latinoamericanistas, vale la pena repetir que para el historiador de América Latina que quiere publicar en el Reino Unido (lo que quiere decir, muchas veces, aunque no siempre, un historiador inglés/británico), hay mejores opciones que *Past & Present* (mejores en términos simplemente estadísticos), tomando en cuenta el número de artículos publicados, así como la proporción con los artículos entregados. Así es que, en la última década, *Past & Present* publicó un promedio de un solo artículo sobre América Latina por año, aunque es cierto que hubo un notable *blip* en 2010-2011, que no parece ser producto de los bicentenarios, cuando seis fueron publicados en dieciocho meses. En las últimas diez entregas, números 210 al 219, se publicaron cuatro artículos sobre América Latina, un promedio de 0,4 artículos por número. Podemos comparar estas cifras con los últimos diez de las dos principales revistas de estudios latinoamericanos en el Reino Unido (una suerte de revista que apenas existe en América Latina), el *Journal of Latin American Studies* y el *Bulletin of Latin American Research*, que publicaron 18 y 6 respectivamente.²⁰ Eso quiere decir 1,8 y 0,6 artículos (de historia) en promedio por número. Claro, estas cifras confirman el fuerte y tradicional compromiso del *Journal of Latin American Studies* con la historia, mientras que el *Bulletin of Latin American Research* se ha inclinado más por la investigación contemporánea, incluso sociológica, que incluye también una buena medida de trabajo literario/cultural, lo que el *Journal of Latin American Studies* raras veces publica. Quizá esto también refleja la disposición del *Bulletin of Latin American Research* de aceptar trabajo en progreso, incluso de investigadores jóvenes,

20. Por disciplinas, la distribución es así: *Journal of Latin American Studies*: 18 historia, 17 política, 10 sociología, 5 economía; *Bulletin of Latin American Research*: 6 historia, 16 política, 17 sociología, 11 economía, 11 estudios culturales / literatura.

generalmente asentados en el Reino Unido, mientras que el *Journal of Latin American Studies* suele favorecer investigadores reconocidos, muchos de los cuales no se refieren al Reino Unido.²¹

En este sentido, el *Bulletin of Latin American Research* es quizás un mejor barómetro de cómo andan los estudios latinoamericanos en el Reino Unido. Si comparamos simplemente el *Journal of Latin American Studies* y *Past & Present*, la estadística clave es que, para el historiador de América Latina, es cuatro veces más probable ser publicado en el primero que en el segundo. Por supuesto, *Past & Present* cubre todo el mundo a través de los siglos; pero el *Journal of Latin American Studies*, aunque se limita a América Latina, incluye la política, la economía y la sociología.

Cuando se trata de la cuestión —tal vez más interesante— de los géneros o de las subdisciplinas de la historia, es decir, cómo se concibe y se escribe, es mucho más difícil trazar las tendencias en términos cuantitativos. Las propias categorías son borrosas: ¿dónde se vuelve la historia económica historia social, o la historia social historia cultural? O —mi *bête noire* actual— ¿dónde y por qué la (antigua) historia internacional se vuelve la (nueva) historia transnacional? O se puede preguntar ¿cuándo ocurrió esta transformación categórica? La respuesta sería que ocurrió en los últimos veinte años, cuando se conformó un extraño cambio en el *Zeitgeist* académico, temas que antes eran considerados “internacionales” fueron bautizados como “transnacionales”²²

-
21. Esta es una intuición, no una conclusión cuidadosamente investigada.
 22. Como siempre, las cosas son más complicadas. El debate sobre la historia transnacional ya estaba evidente en las páginas del *American Historical Review* a principios de los noventa: ver Ian Tyrrell, “American Exceptionalism in the Age of Transnational History”, 1031-1055; Michael McGerr, “The Price of the ‘New Transnational History’”, *American Historical Review* 96.4 (oct., 1991): 1056-1067. Sin embargo, mucho del debate giró en torno a la antigua cuestión del excepcionalismo estadounidense. Cuando McGerr trató de resumir lo que quería decir la historia transnacional, mencionó tres rasgos principales: el estudio de las “conexiones internacionales” (apenas novedoso, como señaló), 1064-1065; esfuerzos para armar narrativas globales (algo novedoso); y la historia del medio ambiente. Los tres fueron motivados por cierta molestia con el nacionalismo y el Estado-nación como categorías históricas centrales. Los subsecuentes debates, por ejemplo, en las páginas del *Journal of American History* 86.3 (dic., 1999), número especial sobre *The Nation and Beyond: Transnational Perspectives on United States History*, han multiplicado los varios rasgos, sin demostrar la radical novedad del género. Como observa Pierre Yves

Por añadidura, no es siempre fácil ponernos de acuerdo en cuanto a las categorías que mejor captan las cambiantes preocupaciones de los historiadores. ¿Debemos multiplicar subcategorías como “constitucional”, “legal”, “diplomática”, del arte, de la ciencia, de la cultural material? ¿O debemos inventar categorías híbridas como socioeconómica, sociocultural, etc.? Y todo esto antes de consultar el índice de la revista y hallar que, en muchos casos, no podemos averiguar el género o categoría de un artículo sin leerlo (al ser los títulos, como mencioné, muchas veces tanto alusivos como elusivos). Por tanto, confieso, me di por vencido.²³ Sin embargo, mi amigo Eric van Young ha perseverado en un estudio algo heroico de la *Hispanic American Historical Review* y así ha corroborado lo que probablemente sospecharíamos: que la historiografía latinoamericana —y otras también— ha pasado por al menos dos períodos en los últimos cincuenta o sesenta años (que corresponderían a la vida de *Past & Present*): desde el principio de los años sesenta, hubo un cambio de la historia política, constitucional y narrativa hacia la historia social, económica y, por tanto, más analítica; y, unos treinta años después —de la mano de una nueva generación— vino otro cambio con el auge de la historia cultural, llamada “nueva”, asociada con (pero no reducible a) el giro lingüístico, a veces caracterizada por un compromiso político contemporáneo (lo que van Young llama un “proyecto político redentor”) y tachada —según sus críticos— por un borroso y ofuscante discurso posmoderno.²⁴

[81]

Saunier —en torno al *Palgrave Encyclopedia of Transnational History* (2009), del cual fue uno de los coordinadores—, se puede decir que nosotros, los historiadores, hemos estado practicando la historia transnacional durante años, *avant la lettre*, de la misma manera que M. Jourdain, en la pieza de Molière, había estado hablando “prosa” sin saberlo: “Learning by Doing: Notes about the Making of the Palgrave Encyclopedia of Transnational History”, *Journal of Modern European History* 6.2 (2008): 159. Para un breve comentario sobre la naturaleza de la historia transnacional en las páginas de *Past & Present*, ver: Matthew Hilton y Rana Mitter, eds., “Introduction”, *Transnationalism and Contemporary Global History*, suplemento de *Past & Present* 8 (2013): 7-8, 10-11.

23. Aplaudo a mis colegas en este encuentro que, en muchos casos, han podido presentar —incluso en forma de gráficas de torta— resúmenes del contenido de sus revistas, conforme los géneros historiográficos.
24. Eric van Young, *Writing Mexican History* (Stanford: Stanford University Press, 2012), 85-86, 92. Mauricio Archila Neira, en el Encuentro Internacional: El papel de las revistas de historia en la consolidación de la disciplina en Iberoamérica, percibe tendencias parecidas en la trayectoria del *Anuario Colombiano de*

Los linderos entre la historia “social” y la “cultural” son algo vagos, ejemplo de ello es que mucha de la vieja historia social —como los artículos de Thompson en *Past & Present*— pueden ser considerados culturales, y no creo que Thompson hubiera rechazado la etiqueta.²⁵ Quizás sea mejor definir la (¿nueva?) historia cultural en términos, no de una esencia básica, sino de temas característicos, en palabras de van Young:

[82]

(...) los procesos mentales colectivos (o individuales); varias formas de sensibilidades y de sistemas de sentido [*systems of meaning*] (la religión, el género, la etnicidad); el rito, la celebración y formas de sociabilidad; los mecanismos de la reproducción del conocimiento; y la construcción de las identidades colectivas [*construction of group identities*].²⁶

Como señala van Young, esta lista no es completa, y ciertos temas de la “Nueva Historia Cultural” no son en realidad tan novedosos (y no me refiero, en este contexto, a la historia social rebautizada como cultural): por ejemplo, hay antiguas y respetables tradiciones de la etnohistoria y de la historia intelectual que trataron estos temas (aunque fuera con un vocabulario diferente), igual que antiguas y no tan respetables tradiciones de la construcción de las identidades colectivas (por ejemplo, la extensa literatura sobre el “carácter nacional”). Y mientras que la biografía ya no está de moda hoy en día (al menos en la academia), muchas biografías de tiempos anteriores exploraron los procesos mentales individuales. De hecho, van Young tenía razón cuando señalaba que, si “la biografía como género importante de la investigación angloparlante en el México colonial ha casi desaparecido... quizás reaparecerá en el futuro en la forma de la historia cultural”²⁷ Una cuestión clave, entonces, sería cómo la biografía resucitada en forma de

Historia Social y de la Cultura. Tal vez el crítico más fuerte de la “Nueva Historia Cultural”, en su forma latinoamericana, es Stephen Haber, “Anything Goes: Mexico’s ‘New’ Cultural History”, *Hispanic American Historical Review* 79.2 (may., 1999): 309-330. En este número especial también aparecen otros comentarios en pro y en contra.

25. De hecho, Hobsbawm —a veces un áspero crítico de la nueva historia cultural— comenta que muchos de la antigua generación de historiadores sociales/marxistas (como él, Hill, Thompson, Kiernan, y Raymond Williams) se habían acercado a la historia “desde, o con, una pasión por la literatura”: Hobsbawm, *Interesting Times* 97.
26. Van Young 85.
27. Van Young 106.

“Historia Cultural” diferiría de la biografía tradicional; un cínico diría que involucraría menos investigación sólida de archivo y más jerga espumosa. (Debo enfatizar que la inminente biografía de Lucas Alamán escrita por van Young seguramente no cuadrará con la prognosis del cínico.)

Dado que no pude llevar a cabo un resumen equivalente de *Past & Present* (o de los artículos históricos del *Journal of Latin American Studies* o del *Bulletin of Latin American Research*), no puedo confirmar si la historiografía publicada en el Reino Unido demuestra las mismas tendencias que van Young identifica en el *Hispanic American Historical Review*. Mi intuición, basada en evidencia anecdótica, es que hay semejanzas, pero que las tendencias son menos marcadas. De los diez artículos sobre América Latina publicados por *Past & Present* en la última década, solo uno era claramente cultural,²⁸ mientras que uno o dos más ostentaron rasgos algo culturales. Ninguno cuadró con el estereotipo —propalado por sus críticos— de tonterías posmodernistas llenas de estridente jerga. De hecho, hay pocos ejemplos de este estereotipo, aun en Estados Unidos, lo que quiere decir que los críticos, aunque tenían algo de razón, solían exagerar sus acusaciones. Pero no hay duda que la “nueva historia cultural”, definida no solo en términos de contenido, sino también de estilo, de vocabulario y de homenaje a íconos preferidos (por ejemplo, Michel Foucault, Edward Said, Fredric Jameson, etc.), es más fuerte en Estados Unidos que en Gran Bretaña y que en América Latina (otra conclusión anecdótica —confieso—, apoyada en un rápido resumen de revistas como *Historia Mexicana* o el *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, como resultado de conversaciones informales con colegas historiadores).

[83]

Si esta comparación es válida, aflora la siguiente pregunta: ¿por qué ha surgido la nueva historia cultural con más ímpetu en Estados Unidos que en otras partes, incluso que Gran Bretaña y América Latina? Por falta tanto de espacio como de conocimiento, me limito a lanzar unas muy breves sugerencias. En primer lugar, mientras que la historiografía de América Latina hecha en los Estados Unidos es enorme (industrial, se puede decir, comparada con la producción artesanal en Europa), es bastante susceptible a los cambios de moda, de la misma manera que el mercado estadounidense suele adelantar al resto del mundo en el desarrollo de productos nuevos,

28. Matthew B. Karush, “Blackness in Argentina: Jazz, Tango, and Race Before Perón”, *Past & Present* 216 (ago., 2012): 215-245.

[84]

especialmente los productos de consumo masivo que, conforme la teoría del ciclo de productos, después se difunden por los mercados del mundo.²⁹

Es cierto que en años recientes el Reino Unido y México —los dos casos que conozco mejor— han superado a los Estados Unidos en este respecto: la asesoría, evaluación y calibración de la investigación se han convertido en una industria académica en Gran Bretaña; y cada país tiene su siniestro acrónimo que denomina el proceso (en el Reino Unido, el Research Excellence Framework —REF—, antes denominado el Research Assessment Exercise —RAE— y en México el Sistema Nacional de Investigadores —SIN—).³⁰ Sin embargo, mientras que en el Reino Unido el sistema de vigilancia académica es muy centralizado, burocrático y rígido, en Estados Unidos se ve más diverso y descentralizado, con la producción académica mediada por las facultades, las universidades, las fundaciones y, por supuesto, las revistas profesionales (que, al ser los porteros de la publicación académica, son también los antídotos al perecer).³¹

El sistema estadounidense, entonces, se parece al protestantismo norteamericano, al ser diverso, descentralizado y dinámico, permite y fomenta nuevas tendencias historiográficas, especialmente conforme los innovadores deslindan nuevos territorios (y las revistas funcionan como mojoneras deslindadoras). El sistema en el Reino Unido, un poco al estilo de la Iglesia anglicana de antaño, es más oficialista, centralizado, y prescriptivo. Por esta razón —planteo esto como hipótesis— nuevas tendencias historiográficas nacen y se difunden (es decir, nuevos “memes” pueden reproducirse y propagarse) más rápidamente en Estados Unidos. Los premios, también, son mayores: hay más y mejores puestos académicos, más y mejores becas de investigación, y más movilidad social en el escalafón profesional. El sistema

29. Raymond Vernon, “The Product Cycle in a New International Environment”, *Oxford Bulletin of Economics and Statistics* 41.4 (nov., 1979): 255-267.
30. RAF, vale aclarar, quiere decir Royal Air Force, Fuerza Aérea Real. Los acrónimos suelen convertirse rápidamente en palabras: por tanto, en el Reino Unido, oímos mucho de investigación “REFable”, hecha por investigadores “REFables”. Ser “no-REFable” quiere decir ser expulsado al limbo de irrelevancia académica. Al menos en México no hablan de investigación “SNIABLE” (que yo sepa).
31. La American Historical Association da una lista de cuatro páginas de revistas históricas publicadas en inglés, conforme el sistema de juicio de pares (*peer-reviewed*), es decir, un total de casi 400; algunas son británicas, pero la gran mayoría son basadas en los Estados Unidos. Ver <http://www.historians.org/pubs/free/journals>

de incentivos, entonces, premia el activismo y la innovación (aunque sea activismo a veces algo frenético e innovación un poco espuria).

En segundo lugar, para explicar las tendencias historiográficas, hay que tomar en cuenta tanto los factores “internos” dentro de la disciplina de la historia, incluyendo corrientes intelectuales y el intercambio con otras disciplinas, como la geografía, la economía, la ciencia política, la antropología, la literatura, la lingüística y los estudios culturales, así como los factores “externos”, es decir, las tendencias políticas, sociales y económicas en el “mundo real” que afectan la torre de marfil académica.³² Aquellos tienen que ver con el giro lingüístico y la influencia de pensadores franceses como Foucault o Derrida.

[85]

De la misma manera en que la sociología fue la disciplina aliada clave para varios historiadores durante el *boom* de la historia social de los sesenta y los setenta, la lingüística y la “teoría del discurso” se volvieron las “disciplinas” de moda después. Eran nuevas, estimulantes y, quizás, ofrecieron perspectivas enriquecedoras. Los historiadores más jóvenes —y creo que hay una correlación aproximada entre la juventud y la adopción de nuevas tendencias, en parte debido a la lógica del mercado laboral académico— abrazaron el análisis lingüístico-literario-discursivo, que, entre otras cosas, los distinguieron de sus rutinarios y reaccionarios colegas de mayor edad. Además, el nuevo giro ofreció la oportunidad para que la crítica literaria colonizara la historia y los historiadores pudiesen pasar mucho tiempo “desconstruyendo” textos, alardeándose (erróneamente) de un enfoque radicalmente nuevo, mientras que se mantenían más mudos sobre el hecho de que deconstruir los textos (especialmente los textos publicados y fácilmente accesibles en las bibliotecas universitarias) era mucho más simple que buscar las fuentes primarias en archivos polvorosos y a veces mal organizados en países remotos.

De una manera positiva, es cierto, la nueva historia cultural sí ayudó a llenar unos enormes vacíos en la historiografía existente, como la historia de las mujeres, del género o de la religión (ya que, al menos en México, la tendencia anterior había sido ver la religión como un reflejo epifenomenal de la infraestructura socioeconómica, no un área de la actividad humana relativamente autónoma que valía estudiar en sí misma).

32. Las categorías derivan de Peter Novick, *That Noble Dream. The “Objectivity Question” and the American Historical Profession* (Cambridge, UK: Cambridge University Press, 1988) 9.

[86]

Pero también había factores “externos” en juego, y aquí quizá vemos la clave del *boom* de la nueva historia cultural en Estados Unidos (comparado con los *boomlets* —pequeños *booms*— en otras partes). No obstante las olas de protesta radical en el periodo entreguerras y en los años sesenta y setenta (ligadas estrechamente con la guerra de Vietnam), los Estados Unidos no ostentan una tradición fuerte de socialismo, marxismo o de una política basada en nociones de clase (ejemplo de ello es el uso del término “clase media” para referirse a casi toda la población, salvo los más ricos. Es decir que, en la retórica política cotidiana, los Estados Unidos no tienen una clase obrera, *a working class*). Por supuesto, hubo fuertes corrientes marxistas en la historiografía estadounidense, por ejemplo, en los campos de la historia laboral y de las relaciones internacionales (donde se destaca la escuela de Wisconsin, que deriva de la obra de William Appleman Williams, que se enfoca en la historia del imperialismo norteamericano y de la Guerra Fría).³³ Estas corrientes todavía fluyen, aunque quizás con menos fuerza que antes. Que yo sepa, no hay ninguna revista norteamericana al estilo de *Past & Present*, ninguna —de peso— que hubiera podido afirmar sus raíces en el Partido Comunista (es cierto que la revista *Marxist Perspectives* tenía un origen algo parecido, pero sobrevivió nada más un par de años, de 1978 a 1980).

Hoy en día, la izquierda norteamericana, igual que mucha historiografía progresista, izquierdista o marxista, pone menos énfasis en cuestiones de clase, de la lucha de clases, y de la clase obrera (todas observadas, quizás, como cosas del pasado), que en la política del género, de la sexualidad, de la etnicidad y —tal vez— del medio ambiente (en suma, se puede decir, aproximadamente la política de la identidad). Claro, estas preocupaciones se desbordan hacia la historia, particularmente porque los historiadores de América Latina (en Estados Unidos) suelen agruparse por el lado izquierdo del espectro político: un fenómeno que se ve, a lo más, vagamente en Gran Bretaña, y probablemente de ninguna manera en América Latina (donde veo poca o ninguna correlación entre la ideología política y la historiografía). Por tanto, en los Estados Unidos, la preponderancia de la política de la identidad, al menos en la izquierda, suministra bastante combustible a las tendencias

33. William Appleman Williams, *The Roots of the Modern American Empire. A Study of the Growth and Shaping of Social Consciousness in a Marketplace Society* (Nueva York, Random House, 1969); Walter LaFeber, *The New Empire. An Interpretation of American Expansion, 1860-1898* (Ithaca: Cornell University Press, 1963).

historiográficas en que la “identidad” —y conceptos cognados como “agencia”, “contestación”, y “negociación”— suelen desplazar a la lógica de clases o de estructuras socioeconómicas. Hay críticos que ven esta tendencia como una suerte de actividad sublimadora, conforme los izquierdistas académicos se engañan, convenciéndose que pueden avanzar las causas progresivas en el “mundo real” por medio de artículos escritos en jerga impenetrable, publicados en recónditas revistas de la nueva izquierda.³⁴

[87]

Mientras que esta tendencia tiene cierta influencia en América Latina, la lógica interna en la mayoría de los países latinoamericanos es diferente: la pobreza y la desigualdad son aún más marcadas; hay una fuerte tradición de partidos radicales y movimientos sociales; la democracia es, en ciertos casos, un logro reciente y quizás frágil; y el llamado déficit democrático, junto con un Estado de derecho débil y un ambiente de violencia, determinan un panorama político en que la política de la identidad se ve menos atractiva y relevante (salvo una excepción notable: la política étnica, especialmente en la región andina y la “América media”, México y Centroamérica). Al mismo tiempo, la historiografía “de la identidad”, aunque existe en América Latina, me parece menos generalizada, influyente y estridente que en los Estados Unidos.

Estas tendencias se ven en revistas académicas, que, repito, ofrecen barómetros útiles del cambio historiográfico. Reaccionan más rápidamente que los libros a las modas cambiantes y nos ofrecen posibilidades de medir el cambio (cosa que sería más difícil con los libros). Por añadidura, sirven como foros de debate y de crítica (aunque *Past & Present* no lleve reseñas, salvo, de vez en cuando, “artículos de reseña” y, por ello, no me he enfocado en ese aspecto del tema). Pero las revistas no son neutrales reflejos del cambio: contribuyen a él, deslindando territorio, fomentando ciertos géneros de historia en vez de otros. *Past & Present*, por casualidad, no es un buen ejemplo de esta tendencia: suele cambiar lentamente, no lleva reseñas y ha

34. John Hutnyk, *Bad Marxism. Capitalism and Cultural Studies* (Londres: Pluto Press, 2004). Esta crítica viene de la “antigua izquierda dura”; hay, desde luego, un sinnúmero de críticas que vienen de la derecha, y que denuncian las posturas políticas y el supuesto abandono de la objetividad académica por parte de la izquierda, quizás particularmente en el campo de los estudios latinoamericanos, incluso la historia. De ahí los varios cismas y disputas que en los años recientes han afectado tanto la Asociación Histórica Americana —AHA— como la Asociación de Estudios Latinoamericanos —LASA— en Estados Unidos.

[88]

sido reacia al proselitismo historiográfico. Pero hay otras revistas que son más ágiles (pueden cambiar de dirección) y más proactivas (promueven tendencias o géneros preferidos). En el mejor de los casos, esto facilita nuevos enfoques y debates; en el peor, fomenta una suerte de estrecho sectarismo, según el cual comunidades epistémicas particulares (ejemplos serían los cliométricos de hueso colorado y sus enemigos, los “nuevos historiadores culturales” posmodernistas) esriben para su público en sus propias revistas, utilizando una jerga común y haciendo genuflexiones a los ídoles de tribu.

El resultado puede ser algo acrítico y hasta incestuoso; mientras que hay un sinnúmero de revistas (más que en cualquier otra época: es decir, han brotado cien flores), dentro de algunas prevalece una estrecha conformidad que resiste la crítica y el debate.³⁵ Afortunadamente, la historia, incluso la historia académica, suele estar —y debe estar— radicada en una realidad empírica y sujeta a esa “institución central de la sociedad de historiadores... el juicio de sus pares”.³⁶ Por tanto, tiene mecanismos para tamizar el metal de la escoria y así evitar los peligros del conformismo sectarista. Por esta razón es importante que los pares hagan sus juicios robusta y abiertamente. La Historia es también una disciplina bastante accesible, que generalmente no exige un amplio conocimiento teórico, técnico o metodológico en comparación con la economía y, cada vez más, la ciencia política, por ejemplo. *Past & Present*, como mencioné, pretende atraer al “lector inteligente no-experto” (*the intelligent lay reader*) y, creo yo, con cierto éxito. Entre los historiadores académicos hay relativamente pocas y bajas barreras para la comprensión mutua, como considero se puede comparar, por ejemplo, entre los científicos, el abismo que separa la genética de la física cuántica.³⁷ Por supuesto, un

-
- 35. En casos extremos, este sectarismo acrítico puede conducir a la publicación de basura; en un caso celebre, la publicación de un artículo totalmente paródico: Alan Sokal, *Beyond the Hoax: Science, Philosophy and Culture* (Oxford: Oxford University Press, 2008), que muestra cómo Sokal pudo publicar un artículo filosófico-científico absurdo, además de Alan Sokal, “Transgressing the Boundaries: Towards a Transformative Hermeneutics of Quantum Gravity”, *Social Text* 46-47 (1996): 217-252. No conozco ningún otro equivalente que haya engañado a una revista histórica.
 - 36. Jack H. Hexter, *Doing History* (Londres: George Allen and Unwin, 1971) 82.
 - 37. Esta es una comparación algo artificial, ya que hago un contraste entre campos de la ciencia y campos de la historia; se puede objetar que la historia se compare con una ciencia particular (como la bioquímica), el equivalente de “la ciencia”, al ser parte de las humanidades” (o quizás “las ciencias sociales”). Pero creo que el punto básico es válido: la historia es, o debe ser, menos fragmentada por

lector o académico particular quizás no captarían todo el significado de un artículo que forma parte de un largo y complejo debate (sobre, por ejemplo, el ascenso de los gentilhombres o el mito de la Revolución mexicana). Pero el tema y la exposición deben ser accesibles y los datos presentados como evidencia deben tener sentido y, así, convencer.

La revista *Hispanic American Historical Review* ha mostrado —por ejemplo, con el número especial sobre la nueva historia cultural, publicada en 1999, que seguramente produjo más luz que calor— que es posible fomentar un debate constructivo entre historiadores de tendencias radicalmente diferentes. Tales esfuerzos ayudan a mantener una medida de intercambio escolar, aun cuando las opiniones discrepan bastante, evitando así la formación de búnkeres sectaristas. De hecho, puede ser que revistas “generales” que mantienen una amplia cobertura histórica (sin favorecer a géneros particulares), tales como *Past & Present*, *Hispanic American Historical Review*, *Historia Mexicana* o el *Anuario Colombiano de Historia Social y de Cultura* ejerzan un papel importante, en el sentido de contrarrestar las tendencias algo exclusivistas —o incestuosas— de las revistas más estrechamente enfocadas en géneros o áreas particulares de la historia. Promueven la exogamia histórica y así mantienen un acervo genético histórico más amplio, diverso y saludable.

[89]

Esto me lleva a mi última observación —más general— sobre las revistas y su contribución a la disciplina de la historia, en cuanto a su creación y difusión. Las revistas de historia son productos, principalmente, de los historiadores académicos (más o menos, los que ocupan puestos universitarios) y son factores clave en la formación de las carreras y las reputaciones académicas. Podemos preguntarnos, entonces, si son productos de una aislada torre de marfil académica, habitada por pedantes neoescolásticos, que saben cada vez más de cada vez menos y que conversan entre sí con altanera indiferencia del mundo real que hay afuera. Este tema, aunque sea viejo, ha sido reciclado recientemente en México en un debate entre Roberto Breña (académico, profesor de historia de la prestigiosa institución El Colegio de México, experto en la Independencia) y Enrique Krauze (eminente intelectual público, comentarista político, historiador y exitoso empresario del periodismo y de la televisión).³⁸ El debate surgió a raíz del centenario

subgéneros que las ciencias (duras o sociales); para decirlo de otra manera, la historia pone menos énfasis en la refinada teoría, la metodología y la técnica.

38. Espero que este resumen de un debate que ha sido largo y rencoroso allá sido justo y correcto (no he tratado de cubrir todos sus aspectos). Las fuentes claves

[90]

de la Revolución mexicana y el bicentenario de la Independencia, ambos celebrados en 2010, que, como uno puede imaginarse, ofrecieron una buena prueba de relación entre la historia académica y lo que podemos llamar la historia popular (aunque este género, a mi modo de ver, debe ser subdividido en dos subcategorías: la comercial, que depende del mercado, y la oficial, que deriva del apoyo estatal).³⁹

Krauze, cuyos muchos libros son, con dos excepciones, notables, populares, en el sentido de atraer a un amplio público,⁴⁰ criticó ásperamente varios productos académicos del bicentenario, alegando que los historiadores académicos, practicando una suerte de endogamia intelectual, se habían limitado a estériles debates introvertidos y habían abandonado su obligación para llevar la historia al pueblo. Por añadidura —y esta me parece una crítica diferente y distinta— Krauze alegó que los historiadores académicos

son: la reseña crítica que hizo Roberto Breña “Enrique Krauze, *De héroes y mitos*” (México: Tusquets, 2010)”, *Nexos* (may. 2011); las respuestas de Enrique Krauze incluyen: “Endogamia”, *Letras Libres* 150 (jun. 2011); “Breña en su barricada”, *Letras Libres* 151 (jul. 2011), y “Breña, rechazado y rijoso”, *Letras Libres* 153 (sep. 2011). A su vez, Roberto Breña contestó con: “¿La guerra entre dos mundos?: Contrarréplica (académica) a Enrique Krauze”, *Nexos* (8 de junio de 2011), y “Réplica final (desde una barricada imaginaria a Enrique Krauze”, *Nexos* (24 de julio de 2011). Los lectores que conocen las guerras culturales mexicanas se darán cuenta que esta es otra disputa en la larga confrontación entre *Nexos* y *Letras Libres* (y, anteriormente, *Vuelta*).

39. En los tiempos pasados del PRI, el patrocinio estatal era clave y a veces muy amplio. Recientemente ha sido eclipsado por el del mercado: hoy en día los libros populares son generalmente comerciales (es decir, se venden en las librerías: una prueba de popularidad que los antiguos textos oficiales no tenían que pasar). La distinción académico/popular depende principalmente del público (y, por tanto, del número de ejemplares impresos). Hay todavía cierto patrocinio oficial de la historia: por ejemplo, el texto bicentenario que provocó la crítica de Krauze fue un par de gruesos tomos, escritos por historiadores académicos, publicados por la Universidad Nacional Autónoma de México y —no obstante su patrocinio oficial— vendidos a más de \$100 pesos mexicanos los dos: Alicia Mayer, coord., *México en tres momentos: 1810, 1910, 2010*, 2 tomos, (México: Universidad Nacional Autónoma de México, 2007).
40. Las obras históricas de Krauze —por ejemplo, los ocho tomos de las *Biografías del poder* (México: Fondo de Cultura Económica, 1987)— han sido principalmente obras de divulgación, aunque de calidad; sus credenciales académicas (si él me permite un cumplido quizás no deseado) fueron establecidas por *Caudillos culturales en la Revolución mexicana* (México: Siglo XXI, 1976).

iban reciclando antiguos y caducos enfoques, incluso la vieja “historia de bronce” (es decir, la historia quasi-oficial que elogiaba a los grandes próceres de la Independencia y de la Revolución), mientras que no solamente deberían dirigirse al pueblo, sino también enfocarse en su historia anónima. Conscientemente o no, Krauze así hizo eco de la célebre exhortación de Edward Palmer Thompson de hace cincuenta años que los historiadores debían “rescatar” al pueblo común de la “enorme condescendencia de la posteridad”.⁴¹ La implicación, por supuesto, era que las revistas de historia eran cómplices en esta empresa elitista, pues las revistas eran “los periódicos de casa” (*house magazines*) de la torre de marfil académica. ¿Es cierto, entonces, que las revistas son portadoras de una estéril y escolástica “historia de bronce” y que han faltado a su supuesta misión pública?

En un sentido, Krauze no tuvo razón. Los historiadores (académicos y otros), tanto en México como en otros países, no se dedican a reciclar la antigua historia de bronce. Como lo demuestra un acervo de libros, artículos, simposios, coloquios y congresos, la historia de México es mucho más diversa, plural y polisémica que hace cincuenta años, cuando se conmemoró el cincuentenario de la Revolución y el sesquicentenario de la Independencia.⁴² Hoy en día, nuestra comprensión de ambos fenómenos es más sólida porque la evidencia es mayor y mejor, y más convincente porque la evidencia proporciona una imagen más redonda y compleja que hace cincuenta años. Por supuesto, nuestra comprensión sigue siendo parcial, hay huecos y amplias áreas de debate, pero cuando se trata de grandes coyunturas históricas como estas probablemente será siempre así.

Es una cuestión de acercarse paulatinamente la comprensión cabal, una meta inalcanzable. En particular, la historia de bronce —en este caso, la historia político-biográfica de los caudillos de la Independencia y de la Revolución— ha retrocedido, conforme la historia “subalterna”, de “los de abajo”, ha cobrado fuerza, así sea la historia “descentralizada” [*decentred*], de las descuidadas provincias. Solamente una minoría —quizás una pequeña minoría— de historiadores académicos pueden llamarse nacionales. De la misma manera, el antiguo énfasis oficial en la trayectoria por arriba y adelante de la Revolución (o, en el caso de la Independencia, en el avance

[91]

41. Edward Palmer Thompson, *The Making of the English Working Class* (Harmondsworth: Penguin, 1968) 13.

42. Compárense México Cincuenta años de Revolución, 4 vols. (México: Fondo de Cultura Económica, 1962).

[92]

teleológico del pueblo mexicano de “protonación” a “nación”) ha sido bien subvertido: de hecho, me atrevo a decir que la investigación revisionista ha ido demasiado lejos en negar o que hubiera una revolución consciente para lograr la Independencia o que la Revolución mexicana fuera una revolución real (pero esa es otra historia, o, mejor dicho, otras dos historias).

Este proceso revisionista de desmitificar y “descentralizar” las revoluciones se ha visto en otros casos, como en el de la historiografía de la Revolución francesa. Aquí, entonces, tenemos una explicación “interna” del desmoronamiento de la versión oficial de la Revolución, el producto de cambiantes enfoques historiográficos (mas o menos, los enfoques “subalternos” y “descentralizadores”), pero, al mismo tiempo, la declinación y caída (aunque sea temporal) del Partido de la Revolucionaria Institucional —PRI— ofreció un fuerte estímulo (externo) al revisionismo, liberando la historia del sofocante abrazo del régimen y de su mito oficial.⁴³ Por tanto, no estoy de acuerdo con la afirmación de Krauze de que los historiadores académicos se encuentran atascados en un lodoso surco oficial. Se escaparon hace años.

Por otro lado, la segunda crítica —que los historiadores académicos hablan entre sí, a veces en su recóndita jerga, con menoscenso al público general— es bastante válida y, en cuanto a la jerga, lamentable. Como mencioné, hay géneros de la historiografía latinoamericana que se han vuelto excesivamente escolásticos, opacos e impenetrables; sin embargo, estos vicios son más marcados al norte del río Bravo que en México, aunque los blancos principales de Krauze son mexicanos. Pero la inaccesibilidad gratuita debe ser distinguida de la historiografía necesariamente detallada, compleja y cargada de citas, que trata temas particulares y quizás algo abstrusos, es decir, la historiografía producida por académicos, más que nada en revistas profesionales de historia. Tal historiografía es, por su naturaleza, algo pesada, distinta de la literatura preferida del lector general (*lay reader*). Sería algo utópico esperar que ejemplares de *Past & Present* o de *Hispanic American Historical Review* se vendieran por toneladas en las tiendas de aeropuertos como Heathrow o John F. Kennedy. La historia académica es por definición diferente de la historia popular o comercial. Es igual con otras

43. El PRI experimentó un menguante apoyo durante los 1980 y 1990 y finalmente perdió Los Pinos (el palacio presidencial) en 2000. Después recuperó y ganó la presidencia en 2012. Esta recuperación no quiere decir necesariamente un regreso a los antiguos días —buenos o malos— del hegémónico PRI. Sobre la legitimación oficial de la Revolución, ver Alan Knight, “The Myth of the Mexican Revolution”, *Past & Present* 209 (nov., 2010): 223-273.

disciplinas, tanto científicas como sociocientíficas (lo no quiere decir que ningún historiador pueda combinar los dos géneros, pero esta versatilidad es, de hecho, algo rara).

Sería erróneo concluir que la historia académica, aislada en su torre de marfil, elitista y ensimismada, está totalmente desconectada de la historia popular o comercial. De vez en cuando, como mencioné, un mismo historiador funciona en ambos campos (Enrique Krauze es un buen ejemplo de ello).⁴⁴ Más importante aún es, como Mauricio Tenorio-Trillo ha señalado, que los hallazgos de la historia académica pueden infiltrar el campo popular, aunque sea paulatina y parcialmente.⁴⁵ Después de todo, los historiadores populares o comerciales generalmente no hacen amplia investigación original; dependen de y reciclan lo que los labradores académicos desenterrran (o, a veces, confían en sus cuadrillas de ayudantes investigadores). Sin la historia académica —incluso sus revistas profesionales—, esta crucial fuente de materia prima dejaría de producir. Y, sobre todo, la historia académica puede servir como sobrio contrapeso a la basura que muchas veces llena la historia popular o comercial.

[93]

En 2010 vimos bastante basura, especialmente de carácter comercial: bonitos tomos, con portadas llamativas, prometiendo espuriamente revelaciones novedosas, llenos de errores y exageraciones, escritos por autores tristemente ignorantes del campo, es decir, del campo académico donde docenas de historiadores han trabajado larga y duramente por décadas.⁴⁶ Los historiadores académicos pueden ser estrechos en su enfoque y pesados en su presentación, pero generalmente conocen sus temas (o no serían historiadores académicos) y están sujetos al juicio de sus pares (no del mercado).

-
44. Un texto popular, ampliamente difundido en México en 2010, con apoyo oficial, fue Gisela von Wobeser, coord., *Historia de México* (México: Secretaría de Educación Pública / Fondo de Cultura Económica, 2010), un simposio escrito por varios historiadores académicos, más Enrique Krauze (que contribuyó el último capítulo sobre México desde los ochenta). El libro, a mi modo de ver, es sólido, sensato, pero un poco pesado.
45. Mauricio Tenorio-Trillo, “De héroes y mitos de Enrique Krauze”, *Letras Libres* 145 (ene., 2011):81-82.
46. Alejandro Rosas, et ál., *Las dos caras de la historia. Revolución mexicana: el tiempo de caos* (México, Grijalbo, 2011) en un buen —es decir, mal— ejemplo. Rosas es el autor de otros textos supuestamente novedosos, como *Mitos de la historia de México: de Hidalgo a Zedillo* (México: Planeta, 2006). Otro ejemplo, al menos breve, es Juan Miguel Zunzunegui, “Tres No en la historia de México”, *Quo Historia* (otoño 2010).

[94]

Como Hexter, estoy dispuesto a pensar que este sistema, por lejos que esté de ser perfecto, funciona bastante bien.⁴⁷ Involucra una suerte de proceso darwiniano que, como la evolución, alcanza cierto mejoramiento a través del tiempo. No elimina todo error o mutación, pero ayuda a asegurar que, con el tiempo, los errores y las mutaciones se eliminan. Para cambiar de metáfora, el proceso también se beneficia de una marcada división de trabajo (de ahí la acusación común que los historiadores académicos conocen cada vez más sobre cada vez menos). Pero, como Adam Smith señaló hace más de dos siglos, la división de trabajo es clave para la eficiencia y la productividad.⁴⁸ La historia popular o comercial no está sujeta a esta disciplina. El mercado y las editoriales comerciales que lo habitan toman las decisiones. Lo que cuenta no es lo bueno (lo que es original, preciso, novedoso y convincente), sino lo que vende.

Aunque, como mencioné, comparto la afición de Hexter por la historia académica y un escepticismo correspondiente “a mucha historia popular”,⁴⁹ no tengo nada en contra de ella per se; de hecho, es un género importante que satisface una demanda y ejerce un papel significativo (especialmente si incluimos la historia popular mediada por el cine y la televisión). La

47. Hexter 82-87. Por supuesto, el juicio de pares debe funcionar correctamente, en un contexto de libertad y transparencia; hay sistemas de evaluación académica que funcionan mal, controlados desde arriba por burócratas —o por profesores que se han vuelto burócratas— que no son los árbitros más expertos o fiables. Parece que este problema se ve en varios países, que incluyen tanto Inglaterra como Colombia.
48. “En el progreso de la sociedad, la filosofía o la especulación se vuelven, como cada otro empleo, la tarea y la ocupación principales de una clase particular de ciudadanos. Como cada otro empleo también, es subdividida en un gran número de ramos diferentes... y esta subdivisión del empleo en la filosofía, como en cualquier otro negocio, mejora la capacidad y ahorra el tiempo”, Adam Smith, *An Inquiry into the Nature and Causes of the Wealth of Nations* (Oxford: Oxford University Press, 2008) 18.
49. Hexter 5. Como esta afirmación quizá parece elitista y no democrática, debo aclarar una cosa: las decisiones políticas (quienes gobiernan y las políticas que despliegan) deben ser sujetos al control democrático, de hecho, de mayor control democrático que actualmente se ve en muchos países, aun en las democracias establecidas. Este control pueda incluir, por ejemplo, decisiones sobre la manera de enseñar la historia en las escuelas (tema de mucha controversia en el Reino Unido hoy en día), que forma parte legítima del debate público. Pero la investigación histórica no puede ser llevada a cabo por medios “democráticos”, como tampoco pueden serlo la bioquímica o la neurocirugía.

invocación del “lector inteligente general” por *Past & Present* es un gesto en esa dirección. Más que la bioquímica o la filosofía del lenguaje, la historia puede ser accesible al lector general. Pero sería ilusorio pensar que la historia académica (incluso las revistas académicas) y la historia popular o comercial pudieran hablar con la misma voz al mismo público. Son géneros diferentes y, en el mejor de los casos, coexistirán productivamente, de la manera mencionada, con la historia académica, sirviendo como una fuente de materia nueva y un freno a los excesos de la historia popular y comercial.

[95]

Mientras tanto, las revistas de historia juegan un papel clave en la empresa de la historia académica. Nos indican hacia dónde va la disciplina (es decir, ofrecen señales), pero también determinan en parte la dirección del viaje (son como policías de tránsito), algo que hacen positivamente cuando abren nuevos debates o perspectivas, y negativamente cuando fomentan modas y manías y, en el peor de los casos, una suerte de sectarismo autorreferencial. Pero el mejor remedio para estos fallos se encuentra en las mismas revistas que son el foro principal para el juicio de pares por el cual los historiadores deben justificarse ante sus colegas. Este foro puede de no estar muy densamente poblado; y sus actividades pueden llamarse “elitistas”. Pero es igual con las ciencias duras, sociales y humanas. Y es difícil ver cómo las cosas pueden ser diferentes: la historiografía, como estas otras ciencias, no puede manejarse al estilo de la democracia masiva del ágora ateniense.

OBRAS CITADAS

- Appleman Williams, William. *The Roots of the Modern American Empire. A Study of the Growth and Shaping of Social Consciousness in a Marketplace Society*. Nueva York: Random House, 1969.
- Breña, Roberto. “¿La guerra entre dos mundos?: Contrarréplica (académica) a Enrique Krauze”. *Nexos*, 8 jun. de 2011. Consultado en: <http://cultura.nexos.com.mx/?p=714>
- Breña, Roberto. “Réplica final (desde una barricada imaginaria a Enrique Krauze)”. *Nexos*, 24 jul. de 2011. Consultado en: <http://cultura.nexos.com.mx/?p=1447>
- Breña, Roberto. “Reseña de Enrique Krauze, *De héroes y mitos* (México: Tusquets, 2010)”. *Nexos*, 1º may. de 2011. Consultado en: <http://www.nexos.com.mx/?p=14302>
- Coss, Peter R. “The Formation of the English Gentry”. *Past & Present* 147 (1995): 38-64.

[96]

- French, John y Daniel James. "The Travails of Doing Labor History: The Restless Wanderings of John Womack Jr.". *Labor: Studies in Working-Class History of the Americas* 4.2 (2007): 95-116.
- Grafton, Anthony. *The Footnote: A Curious History*. Cambridge, UK: Harvard University Press, 1999.
- Haber, Stephen. "Anything Goes: Mexico's 'New' Cultural History". *Hispanic American Historical Review* 79.2 (may., 1999): 307-330.
- Hexter, Jack H. *Doing History*. Londres: George Allen and Unwin, 1971.
- Hill, Christopher, Rodney Hilton y Eric Hobsbawm. "Past & Present: Origin and Early Years". *Past & Present* 100.1 (ago., 1983): 3-14.
- Hilton, Matthew y Rana Mitter. "Introduction". *Transnational and Contemporary Global History*. Suplemento de *Past & Present* 8 (2013): 7-28.
- Hobsbawm, Eric. *Interesting Times. A Twentieth-Century Life*. Londres: Abacus, 2003.
- Hutnyk, John. *Bad Marxism. Capitalism and Cultural Studies*. Londres: Pluto Press, 2004.
- Knight, Alan. "The Myth of the Mexican Revolution". *Past & Present* 209 (nov., 2010): 223-273.
- Karush, Matthew B. "Blackness in Argentina: Jazz, Tango, and Race Before Perón". *Past & Present* 216 (ago., 2012): 215-245.
- Krauze, Enrique. *Biografías del poder*. México: Fondo de Cultura Económica, 1987.
- Krauze, Enrique. "Breña en su barricada". *Letras Libres* 151 (jul., 2011): 102. Consultado en: <http://www.letraslibres.com/revista/letrillas/brena-en-su-barricada>
- Krauze, Enrique. "Breña, rechazado y rijoso". *Letras Libres* 153 (sep., 2011): 100. Consultado en: <http://www.letraslibres.com/revista/letrillas/brena-rechazado-y-rijoso>
- Krauze, Enrique. *Caudillos culturales en la Revolución Mexicana*. México: Siglo XXI, 1976.
- Krauze, Enrique. *De héroes y mitos*. México: Tusquets, 2010.
- Krauze, Enrique. "Endogamia". *Letras Libres* 150 (jun., 2011): 101-102. Consultado en: <http://www.letraslibres.com/revista/letrillas/endogamia>
- LaFeber, Walter. *The New Empire. An Interpretation of American Expansion, 1860-1898*. Ithaca: Cornell University Press, 1963.
- Mayer Alicia. Coord. *México en tres momentos: 1810, 1910, 2010*. 2 tomos. México: Universidad Nacional Autónoma de México, 2007.
- McGerr, Michael. "The Price of the 'New Transnational History'". *American Historical Review* 96.4 (oct., 1991): 1056-1067.

- Novick, Peter. *That Noble Dream. The “Objectivity Question” and the American Historical Profession*. Cambridge, UK: Cambridge University Press, 1988.
- Rosas, Alejandro. *Mitos de la historia de México: de Hidalgo a Zedillo*. México: Planeta, 2006.
- Rosas, Alejandro et ál. *Las dos caras de la historia. Revolución mexicana: el tiempo de caos*. México: Grijalbo, 2011.
- Saunier, Pierre-Yves. “Learning by Doing: Notes about the Making of the Palgrave Encyclopedia of Transnational History”. *Journal of Modern European History* 6.2 (2008): 159-180.
- Smith, Adam. *An Inquiry into the Nature and Causes of the Wealth of Nations*. Oxford: Oxford University Press, 2008.
- Sokal, Alan. *Beyond the Hoax: Science, Philosophy and Culture*. Oxford: Oxford University Press, 2008.
- Sokal, Alan. “Transgressing the Boundaries: Towards a Transformative Hermeneutics of Quantum Gravity”. *Social Text* 46-47 (1996): 217-252.
- Tenorio-Trillo, Mauricio. “De héroes y mitos de Enrique Krauze”. *Letras Libres* 145 (ene., 2011): 81-82.
- Thelen, David. “The Nation and Beyond: Transnational Perspectives on United States History”. *Journal of America History* 86.3 (dic., 1999): 965-975.
- Thompson, Edward Palmer. *The Making of the English Working Class*. Harmondsworth: Penguin, 1968.
- Thompson, Edward Palmer. “The Moral Economy of the English Crowd in the Eighteenth Century”. *Past & Present* 50 (1971): 76-136.
- Thompson, Edward Palmer. “Time, Work-Discipline and Industrial Capitalism”. *Past & Present* 38 (dic., 1967): 56-97.
- Tyrrell, Ian. “American Exceptionalism in the Age of Transnational History”. *American Historical Review* 96.4 (oct., 1991): 1031-1055.
- Van Young, Eric. *Writing Mexican History*. Stanford: Stanford University Press, 2012.
- VV. AA. *Méjico Cincuenta años de Revolución*. 4 vols. México: Fondo de Cultura Económica, 1962.
- Vernon, Raymond. “The Product Cycle in a New International Environment”. *Oxford Bulletin of Economics and Statistics* 41.4 (nov., 1979): 255-267.
- Von Wobeser, Gisela. Coord. *Historia de México*. México: Secretaría de Educación Pública / Fondo de Cultura Económica, 2010.
- Zunzunegui, Juan Miguel. “Tres No en la historia de México”. *Quo Historia* (otoño 2010).

[97]

